

«Hallándome en Novgorod en la época de nuestra segunda embajada, ví á un sacerdote que salía de la taberna; el cual, acercándose á nuestro domicilio, quiso echar la bendición á los estrelitz que estaban de guardia en la puerta. Pero al alzar la mano y hacer la inclinacion, la cabeza, que se hallaba cargada con los vapores del vino, se encontró tan pesada, que se llevó tras sí el resto del cuerpo é hizo caer en el fango al pobre sacerdote. Nuestros estrelitz lo levantaron con respeto, y no dejaron de recibir aquella bendición enlodada, como cosa muy comun entre ellos.»

Felizmente tales casos son escepciones en el día. Lo buenos ejemplos, y tambien los buenos seminarios como el de Troitza, no habrán sido estraños á semejantes mejoras, cuyo resultado será realizar el influjo moral del clero.

La academia de Troitza fué fundada en 1673, en tiempos del czar Teodoro. Tiene cinco profesores y como ciento cincuenta discípulos.

Pero acerquémonos al célebre convento dedicado á San Sergo. Los muros exteriores anuncian su destino en la edad media; son muros de fortaleza. El laure ó convento, era en



Iglesia de Vassili Blagennoi en Moscou.

los tiempos antiguos un centro de resistencia y además un centro de comercio y de vida. Aun en el día le queda algo, porque alrededor de aquellos muros ví millares de puestos. Allí hay una feria, donde se venden no solamente rosarios é imágenes de santos de barro ó de porcelana, sino tambien cuartos de cerdo y de carnero, aguardiente, licores y tabaco.

Mas no vaya á creerse que la feria de San Sergo no atrae sino curiosos. Casi todos los que visitan el convento de

SEGUNDA SERIE.—1864.

Troitza son devotos apasionados. La leyenda de San Sergo dirá si el santo merece esas adoraciones populares.

San Sergo, al decir de sus piadosos y sencillos cronologistas, hizo milagros aun antes de nacer. En un curiosísimo discurso acerca de la vida de este gran santo de Rusia, pronunciado en Moscou en 1822 por el metropolitano Filareto, hallo esta poética leyenda:

Hallábase embarazada la madre del futuro santo, y un

AÑO XXII. 30

dia fué á la iglesia. En el momento en que el sacerdote iba á leer el Evangelio, el niño que llevaba ella en su seno da un grito. En la comunión da otro grito tan fuerte, que lo oyeron cuantos allí estaban. El niño vino al mundo sabiendo ya los Mandamientos de la Iglesia, y las reglas de la abstinencia. Cuando su madre tomaba un alimento demasiado sustancioso, el niño huía del pecho como para reprenderle su falta, é igualmente se retiraba de él en los días de ayuno y de cuaresma.

Pusieronlo en la escuela con su hermano, el cual hizo rápidos progresos. Mas en cuanto á Sergo, no pudo entrar en la ciencia del mundo. El maestro lo castigó; sus discípulos se burlaron de su ignorancia; empeñóse en aprender las lecciones que le señalaban, y no consiguió ni aun llegar á leer. Un anciano desconocido, con vestidura de monje, á quien casualmente encontró en el campo, y al cual le refirió con pena las vanas tentativas que había hecho para instruirse, dijo una oración con Sergo, y le entregó un pedazo de pan bendito, pronunciando estas palabras: «Te doy esto como signo de la gracia de Dios y de la inteligencia de las Santas Escrituras.» En seguida lo volvió á llevar á casa de los padres, y le mandó que leyera un salmo. El niño no se atrevía, mas el anciano insistió, y al cabo Sergo se sometió á la prueba, cogió el libro que se le había indicado, y leyó de corrido. El anciano desapareció, diciendo que aquel niño sería algún día el templo de la Santísima Trinidad.

Desde aquel día, Sergo se entregó fervorosamente al estudio de las Sagradas Escrituras. Ayunó, siguió las inspiraciones del mas duro ascetismo, y maceró su carne. Su padre, rico y poderoso boyardo de Rostov, se arruinó con la invasión de los tártaros, y se retiró con su mujer á un convento.

Sergo, por su parte, se fué acompañado con su hermano á un bosque salvaje, apartado de toda población y de toda morada de hombres. Ambos construyeron allí una choza y una capilla, que dedicaron á la Santísima Trinidad. Abandonado Sergo por su hermano, quedó muy en breve solo en aquel retiro. Una Tebaida, en Rusia, es el infierno del ascetismo. Bajo el hermoso cielo de Africa, en esas risueñas soledades del desierto egipcio, la vida del solitario podía pasarse feliz y tranquila en perpétua conversacion con Dios, revelado por una admirable naturaleza. Pero en aquel bosque triste y lleno de peligros, en medio de los aullidos de los animales salvajes, bajo aquel inclemente cielo que martiriza el cuerpo y aumenta todas las necesidades, la Tebaida hiperbórea de Sergo, no lo halló menos fuerte contra las tentaciones, que la gruta del oasis de Libia había hallado á San Antonio.

Unicamente, de vez en cuando tenía Sergo alarmantes encuentros para quien no fuera un santo. Así se encontró cierto día cara á cara con un oso hambriento. Sergo le dió sin alterarse un pedazo de pan. El oso se echó al suelo, aceptó con humildad el presente del pobre solitario, y desde aquel día le hizo respetuosas visitas.

El rumor de semejante fervor, y de aquellos milagros, no tardó en propagarse. Algunos varones piadosos, devorados por la sed de la vida solitaria, vinieron á agruparse alrededor de Sergo, y poco á poco se formó un monasterio en el sitio de la cabana primitiva.

Muy en breve hubo doce religiosos reunidos con Sergo. La vida de estos varones de Dios era penosísima, pero

juzgando su obra por el lado humano y por los resultados materiales y morales, hacían lo que en favor de la civilización hicieron en toda Europa los monjes de la Edad Media. Sergo daba el ejemplo; era el primero que llevaba el hacha á las profundidades del bosque secular; cortaba los maderos destinados para levantar nuevos edificios; labraba la tierra, cocía el pan, y hacía ó remendaba los vestidos de la comunidad. Animaba con su ejemplo, y edificaba con sus inauditas maceraciones á los que lo habían elegido por modelo y por jefe.

Dios, dice el metropolitano Filareto, no abandonaba á su servidor en el día de la prueba. A veces la penuria amenazaba á la comunidad, y el frío la molestaba terriblemente; entonces Sergo se ponía en oración, y cualquier desconocido traía abundantes provisiones. Otra vez faltó el agua; el manantial se había secado con aquel pálido sol de invierno, que se puso lo mismo que el devorador sol de la canícula. Sergo se ponía á orar, y bendiciendo las raíces de un árbol, hacía brotar el abundante manantial que provee y embellece en la actualidad el monasterio de Troitzá. En otra ocasión era un niño muerto que Sergo resucitaba con la sola imposición de sus manos; otra vez era un boyardo rabioso, que curaba mandándole el santo.

Sergo era ya un santo para las poblaciones de Rusia, llenas de fé. Los peregrinos comenzaban á emprender la ruta del monasterio, y con su tránsito el bosque se iba abriendo, y los caminos le comunicaban el movimiento y la vida. Muy pronto unos pueblos rodearon la humilde comunidad, que se enriquecía con los donativos de los fieles. El monasterio se organizaba ya según las reglas de los conventos, conforme á la disciplina de Constantinopla. Y sin embargo, la fortuna de Troitzá debía elevarse aun mas.

Hallándose Sergo en oración una noche, oyó una voz que pronunciaba su nombre. «Sergo, decía la voz, Dios te sostiene, y te escuchará. Alza la cabeza; ¿ves esa señal?»

Una resplandeciente luz brillaba en el zénit, y despertados los pajarillos con aquel día anticipado, se reunían revoloteando, y piteaban en innumerables legiones. «Así será, añadió la voz, el número de tus discípulos.»

Los tártaros invadieron la Rusia. El gran duque Dimitri temblaba al saber la llegada de aquel formidable ejército. Sergo lo tranquilizó, y mientras que el gran duque iba contra el enemigo, el santo, como en otro tiempo Moisés en el monte, rogaba con los brazos levantados hacia el Dios de los ejércitos.

En este punto, la leyenda de San Sergo, y la historia del monasterio de Troitzá, se confunden con la historia nacional de Rusia. Fé y patriotismo, dos palabras idénticas en el imperio de los czares.

Después de la muerte de San Sergo, acaecida en 1391, á los setenta años de aquella vida piadosa, sus reliquias siguieron prestando al convento la santa protección del fundador. La leyenda de Oro y la sencilla tradición, unen en un poético conjunto lo real y lo maravilloso.

En 1421 exhuman el cuerpo de San Sergo; la muerte había respetado aquellos preciosos despojos, y su fisonomía conservaba la serenidad de la vida. En 1609 los polacos sitiaban el convento, convertido en imponente fortaleza. Diez y seis meses de inútiles esfuerzos los detienen bajo aquellos baluartes. El ejército nacional carece de dinero y de víveres; el superior de Troitzá vende los vasos sagrados del con-

vento para mantener y pagar los defensores de la patria. Muy luego, á fin de apartar del país este castigo, dará á los tártaros lo que le queda de ornamento de los altares, y hasta las vestiduras sagradas de sus sacerdotes.

Durante la rebelion de los estrelitz, ó genzaros rusos, en Troitzá se refugió el czar Pedro el Grande con su hermano Ivan.

En los últimos años del siglo XVIII la peste asoló á Moscou, pero su furor vino á estrellarse al pié de los muros del monasterio.

Mr. Marmier, el sábio é infatigable viajero, refiere que en nuestros dias «el cólera, mas cruel aun que la peste, llevó por espacio de mas de cuatro meses la muerte y la desolacion á Vladimer, á Jaroslav y á Moscou, y que aquella calamidad se detuvo á diez leguas de las puertas del convento.»

Mr. Marmier cita otro hecho glorioso para Troitzá. «Cuando los franceses se apoderaron del Kreml, dicen los aldeanos rusos, que uno de los regimientos se encaminó hácia Troitzá, muy decidido á ocupar el convento y saquearlo. Mas Dios no quiso permitir que aquellos soldados impíos conocieran la ruta que deberían tomar; por lo que les trastornó la inteligencia, fascinándoles la vista. Despues de errar todo un dia acerca del camino que se les habia indicado, se encontraron al anócheecer llenos de fatiga bajo las murallas de Moscou. Una mano invisible les habia hecho desaparecer la iglesia de San Sergio y estraviádoslos en las llanuras de nieve. Ningun otro regimiento se atrevió en lo sucesivo á emprender aquella dificultosa tentativa.»

Ahora que conocemos el santo, entremos en la iglesia. La campana ha sonado, los fieles se apiñan en la gran verja del convento, la feria queda en silencio profundo. Entro y veo el iconostaso, alta barrera revestida de oro y plata, sembrado con resplandecientes imágenes, detrás de la cual oficia el arquimandrita. Candelabros de oro, tapices de púrpura, coronas cuajadas de piedras preciosas, lujo en todas partes; pero lujo algo extraño, como el de la arquitectura exterior, de formas piramidales ó bulbosas y de colores chillones y disparatados.

El modelo de aquella arquitectura fantástica, ó mejor dicho estravagante, es la iglesia de Vassili Blagennoi, gigantesco capricho, en la plaza del Mercado-Rojo en Moscou. Verdaderamente es la mas estraña idea, el delirio de arquitectura mas estravagante que jamás ha producido cerebro humano en Europa, y seria menester ir hasta el interior de la India para hallar un edificio tan disparatado. No tiene fachada alguna, una masa pesada, sin líneas comprensibles, y por encima de este caos un bosque de cúpulas de color, labradas y cargadas con adornos, que parecen dispuestos al acaso en el tubo de un kaleidoscopio. Allí hay cúpulas en forma de cebollas y nabos de un corte muy gracioso, flechas, pirámides, y todo esto afiligranado y lleno de colores chillones.

Esa iglesia tártara fué construida, segun dicen, por un arquitecto italiano á fines del siglo XVI. Su historia es singular. El czar Ivan Vassiliévitch, llamado muy justamente el Terrible, habia encargado á aquel arquitecto una iglesia tal, segun dice la tradicion, que no pudiera haber otra mas magnífica. El arquitecto se escedió, segun puede verse, si es que lo extraño es hermoso. Ivan visitó la obra maestra y quedó admirado mucho tiempo al ver aquellas osadías ar-

quitectónicas. El arquitecto veia ya hecha su fortuna, cuando el czar le dice:

—¿Podrias hacer otra todavía mejor?

El arquitecto, viendo en perspectiva otro encargo, se dió prisa á contestar:

—Yo podría hacer una iglesia dos veces mas hermosa.

Entonces Ivan dijo:

—Sacadle al punto los ojos á ese pícaro que me ha engañado. No quiero que vaya á otra parte á hacer una iglesia mas hermosa que esta.

B. YANOSKI.

LOS MANUSCRITOS CASTELLANOS

DE LA BIBLIOTECA IMPERIAL DE PARIS.

I.

POESIAS.

No toda la riqueza de la Biblioteca Imperial de París en materia de poesías castellanas manuscritas, se reduce al célebre *Cancionero de Baena*, publicado ya en España por los señores Pidal y Ochoa. Existen en la referida Biblioteca otros manuscritos de la misma época del *Cancionero de Baena*; es decir, del siglo XV, y tambien de épocas posteriores, cuyo conocimiento debiera estar al alcance de todos los apasionados á tan antiguas composiciones. Entre ellos, el mismo señor de Ochoa, calificó á uno, en especial, de *códice de los mas preciosos*, considerando su contenido casi todo inédito, y no menos importante nos parecen á nosotros diversas colecciones de poesías que se conservan en aquel vasto repertorio de preciosidades bibliográficas y filológicas.

Examinemos, por ejemplo, el referido códice, uno de los mas preciosos, y cuyo contenido es casi todo inédito, y veremos que semejante calificación es tan justa como acertada.

Las poesías castellanas, todas del siglo XV, comienzan por una composicion de Alonso Rodriguez, titulada *El Vergel*, que principia así:

Por la muy aspera vía
De pasiones caminando,
En un vergel reposando
Me fallé estar un día,
En el qual en una parte
En una pedra muy dura,
Serita por sutil arte
Ví la siguiente scriptura:

El vergel del pensamiento
Es este vergel llamado
El qual fué hedificado
Para quien ama sin tiento:
Sus arbores son porfia
E las flores speranza,
El fruto gran alegría,
El ortolano es andanza.

Las estrofas de esta composicion varían á cada momento de metro, y luego siguen alternadas sin orden fijo; poesías del famoso marqués de Santillana y de otros conocidos escritores de su tiempo. Del mencionado marqués, se encuen-

tran nada menos que el *Infierno de los enamorados*, diversos fragmentos de otras poesías, y unas coplas que no citó Sanchez en su catálogo de las obras del marqués, que comienzan así:

Diversas veces, mirando
Vuestro gesto agraciado,
Me soy tanto enamorado
Que siempre vivo penando.
Mas quién non vos amará
Contemplando la belleza,
O todo ciego será
O en él non habitará
Discrecion nin gentileza.

De Lopez de Zúñiga encontramos varias composiciones. *Segun tu fermosura*.—*Si mis tristes pensamientos*.—*Llorat los mis llantos*, *llorat*.—*O triste partida mia*.—*El triste que mas morir*, y otras que principian de otro modo. De Juan de Mena son las que principian—*Guay daquell hombre que mira*.—*Ya non sufre mi cuidado*; encontrándose en el mismo código composiciones de Suero de Ribera, Juan Rodriguez de la Cámara, Zapata, Villalobos, Diego Enriquez, Alrias de Busto, Juan de Dueñas, Perez de Guzman, Torrellas, Villalpando, etc., y algunos anónimos. Entre estos creemos enteramente desconocido é inédito el siguiente:

DEZIR DE UN APASIONADO.

Si por negra vestidura
Es senyor que non vos vea
¿Quál fué nunca mi librea
Si no de negra tristura?
En pascua, solae, y fiesta
En el gozo de plazer
Siempre fué mi color esta
Negro vestir se traher.

Porque mi dicha fué negra
E yo sin ventura mas,
Mí fiesta viene detrás
Ninguna pascua me alegra.
Donde plazer se que fazen
Sin plazer fuyo de allí,
Pocos placeres me plazen
Fuyendo plazer de mi.

Ninguno non sabe tanto
De lo triste como yo,
Pues tristeza me cobryó
Aquel su pesado manto.
Deleyte me quiere ver,
Mi tristura non le dexa,
Por pesar dexo plazer
O contento tergo quexa.

Justo es vista mi vida
De tanta contrariedad
Conformar la voluntat
Con la tristeza complida.
Tomando de negra carga
E cargando de sofrir
Sofriendo tal vida amarga
Dolçura será morir.

Si la puerta fuesse visa
Que triste fac, mirasse,
Tengo que non me dexasse
Entrar en ninguna guisa.
Mas entre gozosa gente
Un triste bien passará
Que vine cuytadamente
E de tristura morirá.

Con gracioso metro envia mas adelante el poeta Villagas una *carta á su amiga*, que principia así.

A tí, dama muy amada,
Sobre todas las amadas;
A tí, dama muy loada
Sobre todas las loadas;
A tí, dama muy querida,
Humildemente
Suplico ser recibida
La presente.

Otro código muy interesante para conocer el estado de la poesía castellana antigua, es indudablemente uno de ciento cuarenta hojas de cartulina que contiene el *Tratado de diversos vicios y virtudes*, atribuido por unos á Fernan Perez de Guzman, y por otros á Juan de Mena; los *Loores de los claros varones de Castilla*, de Fernan Perez de Guzman, cuyo prólogo comienza así:

Del poeta es regla reta
Que el que bien comenzó
A la meytad ya llegó
De obra buena et perfecta.

Sigue la *Batalla de la Voluntad con la Raxon*, produccion de dos autores muy conocidos, el *Doctrinal de privados* y otras composiciones del marqués de Santillana, el *Tratado de las cuatro virtudes cardinales*, por Perez Guzman, y diversas canciones y decires. Entre estos últimos, uno titulado *Dezir de los colores*, nos ofrece la novedad de considerarse en este código *anónimo*, siendo así que en el folio 126, vuelta del *Cancionero de Baena*, que hemos visto y se conserva manuscrito en la misma Biblioteca Imperial (núm. 2,807), y que como ya hemos indicado, ha sido publicado por los señores Ochoa y Pidal, se atribuye á Pero Gonzalez de Useda, con numerosos variantes.

En otros códigos se encuentran las *Trescientas* de Juan de Mena, *La Vision*, acerca de la muerte del rey don Alfonso, por Diego del Castillo, muchas composiciones del marqués de Santillana y de Juan de Mena, y un romance satírico titulado el *Por que de Mossen Diego de Valera*, que comienzan así:

Por non tener que librar
E me fallar ocioso,
Aunque no con gran reposo,
He pensado preguntar
Por que anda de vagar
Alguno mas que solía;
E por que tan mal se guía
Alguna que es muy loada;
E por que non dan posada
En la corte sin dinero;
E por que tanto vandro
Dizen que es nuestro señor...

Interminable tarea seria por cierto indicar una por una todas las composiciones que encierran las diversas colecciones de rimas castellanas que se conservan en la Biblioteca Imperial de París, pues las hay, como ya hemos dicho, del marqués de Santillana, de Lope de Zúñiga, Juan de Mena, Rodriguez de la Cámara, Suero de Ribera, Enriquez, Zapata, Rodriguez del Padron, Villalobos, Múxica, Busto, Medina, Dargüello, Ribellas, Valera, Villalpando y otros vates no menos conocidos. Esto, aparte de las numerosas composiciones del *Cancionero de Baena*.

De tiempos mas modernos se conserva en la Biblioteca

imperial de París, un tomo de poesías de don Diego Hurtado de Mendoza, que contiene dos epigramas, dos estrambotes, una elegía, veinte y dos sonetos, cinco epístolas, dos canciones, dos églogas, dos composiciones sobre Adonis y la muerte de Dido, y un epitafio á doña María Pacheco, que aunque le suponemos conocido, no dudamos será leído con gusto. Dice así:

Si preguntas mi nombre, fué María;
Si mi tierra, Granada; mi apellido
De Pacheco y Mendoza, conocido
El uno y otro mas que el claro día.
Si mi vida, seguir á mi marido:
Mi muerte, en la opinion que él sostenia:
España te dirá mi calidad,
Que nunca niega España la verdad.

Las poesías de Pedro Lainez forman tambien un tomo en 4.º de 233 fóllos, existente en la misma Biblioteca. Y por último, si bien produccion de un poeta portugués, terminaremos este breve artículo recordando la existencia en la Biblioteca Imperial de París de un tomo de poesías de Francisco de Saa de Miranda, escrito por los años de 1564, y de que copiamos la siguiente:

CANTIGA.

Quanto mal m' era ordenado,
Los bienes congu' nasci
Los vnos me han desechado,
Otros son ya contra mí.

De la mi alma no sé
No sé de mi coraçon,
A la fuerza no hay razon
Cad' vno tras vos se fué.

Vida, memoria y cuidado,
Sentidos q' á vos erguí,
Estos nunca me han dexado
Por serem mas contra mí.

Con lo que hemos espuesto acerca de las poesías castellanas de la Biblioteca Imperial de París, creemos haber llamado hácia ellas la atencion de nuestros críticos y de nuestros literatos. ¿Cuánto no podrá conservarse entre tan ricas colecciones de nuevo, de útil, y sin duda enteramente inédito? En otros artículos nos proponemos llamar igualmente la atencion acerca de los manuscritos de la misma Biblioteca, referentes á la política, á la historia, á la literatura, y sobre todo al importantísimo ramo de papeles varios.

FLORENCIO JANER.

(Se continuará.)

FEDERICO, BARON DE TRENK.

Coloquemos, amables lectores, á la cabeza de esta historia la leccion que encierra, á fin de que el interés sobrado vivo que los grandes infortunios inspiran no os impidan buscarle. Aprended con este ejemplo á tener constancia; sabed que no hay dolor superior á nuestras fuerzas ni obstáculos que no pueda vencer una voluntad firme y robusta, y si algun día os persigue la desgracia, acordaos del baron de Trenk y de que sois hombres.

Nació Trenk en Koenisberg, en Prusia, y á los diez y

ocho años, como era uno de los jóvenes mas bien formados de su país, entró á servir en la guardia del rey de Prusia, Federico el Grande, quien al cabo de tres semanas elevó á Trenk al grado de porta-estandarte. «Pocos hombres, dice Trenk, han alcanzado con tanta rapidéz semejante fortuna. Favorito del rey, era á la vez hombre de corte, instruido y oficial en el cuerpo mas bello de la escuela militar mas sabia de Europa; Pollnitz, Maupertuis y Voltaire eran mis maestros; el porvenir me sonreía y no habia ejemplo de igual ventura.»

Pero Trenk cayó repentinamente en un abismo de infortunios, pues acusado por los que le tenían envidia, de sostener correspondencia con un primo suyo, general austriaco, sin ser interrogado, sin forma de proceso, fué arrestado al frente de sus tropas y encerrado en una fortaleza.

Cualquiera otro se hubiera figurado estaba perdido para siempre; pero un año mas tarde, Trenk, que se habia escapado de su prision, era capitán de caballería al servicio de la emperatriz de Rusia, secretario íntimo del canciller del imperio y debía ser nombrado gentil-hombre de cámara. Pero Federico le persiguió hasta allí: las intrigas de su embajador dieron en tierra con la fortuna de Trenk, que obligado á dejar la Rusia, se dirigió hácia Alemania. Los espías del rey de Prusia lo aguardaban para apoderarse de él; pero Trenk tenia espías tambien, y á la cabeza de algunos hombres osados, embistió á los soldados prusianos que iban á prenderle, los hizo prisioneros y los envió á su jefe, no sin aplicar á cada uno de ellos cincuenta palos.

Admirado Federico, y sintiendo sin duda haberse privado de tal súbdito, le instó á que volviese á su patria; pero Trenk, como todos los hombres, juntaba á sus grandes cualidades, grandes defectos, y como su valor se acercaba á la audacia y su perseverancia tenia mucho de terquedad, respondió con orgullo: que era tardía aquella gracia y no se espondría á sufrir nuevas injusticias. Entre un capitán de caballería y un rey como Federico, la lucha era desigual, así es que la venganza del monarca, ofendido su orgullo, fué terrible.

Una noche que Trenk se hallaba tranquilo en su lecho en Dantzick, ciudad libre imperial, fué preso á despecho del derecho de gentes y de todas las leyes de la humanidad, porque apenas cayó en poder de los prusianos, le robaron su bolsa, su reloj y todas sus joyas. Conducido primero á Lavenbourg, desde allí le trasladaron á Berlín y por último á la ciudadela de Magdebourg, donde lo aguardaba un calabozo. Tenia seis pies de ancho, sobre diez de largo: la pared era del grueso de seis pies y la ventana estaba construida de manera que pudiese penetrar alguna luz, mas no se podía ver ni el cielo ni la tierra. La avaricia del mayor de plaza que traficaba con el alimento de los prisioneros, aumentó el suplicio de Trenk, pues solo le dió libra y media de pan de munición, con un cántaro de agua. Trenk habia sido siempre gran comedor: fácilmente hubiese consumido seis libras de pan y solo le daban la cuarta parte cada veinte y cuatro horas. «Hubiera dado una letra de cambio de mil ducados, por hartarme una vez de pan seco: apenas me dormía, soñaba que estaba en una gran mesa llena de los manjares que apetecía; pero duraba poco la ilusión; me despertaba el hambre y me impedía volver á cerrar los ojos. Este suplicio duró once meses.» Trenk no habia esperado todo aquel tiempo para escaparse; al contrario, estaba á punto de con-

seguirlo cuando fué denunciado por uno de sus cómplices. «Terrible destino, dice, que me ha perseguido siempre precipitándome en el abismo de la desgracia en el mismo momento en que creía vencidos todos los obstáculos.»

A eso de media noche entraron bruscamente en el calabozo del prisionero, que solo tuvo tiempo para ocultar entre la ropa su cuchillo, le vendaron los ojos, le hicieron subir á un carruaje y después de largos rodeos se detuvieron los que le conducían, quitándole la venda. Trenk se veía entonces entre dos herreros armados con martillos y cerca de un brasero encendido sobre un suelo cubierto de cadenas. Al momento dieron principio al trabajo y lo sujetaron los pies con una cadena á un anillo hundido en la pared. Situado aquel anillo á tres pies del suelo, Trenk solo podía dar dos ó tres pasos á derecha y á izquierda. Soldaron en torno de su cuerpo un anillo de un palmo de largo, del cual pendía una cadena clavada en una barra de hierro del grueso de un brazo: la cadena tenía dos pies de largo, y por los dos extremos quedaban sujetas sus manos con esposas. Hecha esta operación, todos se retiraron sin pronunciar una palabra y Trenk, sumido hasta entonces en un estupor sin igual, oyó cerrar cuatro puertas, cuyo ruido sonaba para él como si clavasen un ataúd.

Por fin llegó el día y pudo examinar su prision á la luz del eterno crepúsculo. Su anchura era de ocho pies y su dimensión de diez. A su lado había un comun y en el ángulo de la pared un asiento formado con cuatro ladrillos, en el cual podía sentarse apoyando la cabeza sobre la pared. Enfrente del anillo que le encadenaba había una ventana practicada en una espesa pared de seis pies. La abertura subía hasta la mitad donde tenía un enrejado de alambre muy unido, desde aquel sitio bajaba por fuera hacia el suelo.

Aquella abertura estaba cerrada por uno y otro lado con gruesos barrotes de hierro. Junto al prisionero había un guardaropa de madera y un cántaro para agua: en la pared se leía el nombre de Trenk formado con ladrillos y á sus pies estaba la tumba en que debía ser enterrado y donde se había grabado también su nombre y además una cabeza de muerte! Esta prision se había edificado con yeso y cal en el término de once días y Trenk fué trasladado á ella la noche misma que se concluyó; de suerte que todo el mundo estaba persuadido de que no soportaría quince días la humedad de una pared nueva, agujero cerrado herméticamente, donde no podía hacer mas movimiento que saltar sobre el mismo sitio en que estaba atado y sacudir la parte superior del cuerpo, hasta adquirir algun calor.

Permaneció, en efecto, seis meses sentado continuamente en el agua que brotaba de la bóveda, precisamente en el sitio en que se veía obligado á sentarse: durante los tres primeros meses, jamás logró secarse, y era tan grande la humedad, que todos los días, mientras duraba la visita dejaban las puertas abiertas algunos minutos, sin lo cual apagaba el vapor de las paredes la luz de las linternas.

¿Quién creería que hubiese para un hombre condenado á semejante muerte momentos de alegría? Sin embargo, Trenk tuvo un instante de un placer vivísimo cuando el mayor de plaza, después de haber hecho colocar una cama de madera en el calabozo, con una manta de lana, le presentó un pan entero de munición que pesaba seis libras diciéndole: «Se os dará todo el pan que necesiteis.» «Jamás ningún molino, dice Trenk, quebrantó los granos mas pronto que

mis dientes quebrantaban el pan de munición, y antes de la noche había devorado mi pan con un gusto inesplicable.»

Después de aquel corto consuelo, Trenk no pensó en otra cosa que en escaparse. Al día siguiente notó cuando abrieron las cuatro puertas, que eran solamente de madera, y al momento resolvió separar las cerraduras, cortando la madera del rededor con el cuchillo que había llevado de la ciudadela. Pero antes era preciso librarse de los hierros: consiguió sacar de la esposa su mano derecha, pero no la izquierda; entonces separó algunos pedazos de ladrillo de su asiento y limó con tanta dicha el clavo de la segunda esposa, que también logró librarse de ella: como el aro que tenía alrededor del cuerpo no estaba sujeto á la cadena sino por un simple garabato, consiguió romperle, en cuya obra gastó muchos días. Quedaba todavía la cadena principal que le ligaba los pies; Trenk, se ocupó desde luego en torcerla, y como era fuerte y vigoroso á fuerza de tirar rompió los dos anillos. Ya sin hierros corrió á la primera puerta, y después de haber hecho un pequeño agujero en la parte baja, reconoció que solo tenía una pulgada de grueso.

En seguida fué preciso volver á colocarse los hierros, lo que no fué poco embarazoso para Trenk; después de haber tentado mucho tiempo, encontró el anillo de la cadena que se había roto y lo arrojó al comun. En cuanto á la cadena, la ató con un pedazo de cordón que sujetaba sus cabellos; pero cuando quiso introducir en la esposa la mano derecha, estaba tan hinchada con los esfuerzos que había tenido que hacer para sacarla, que no pudo conseguirlo. Pasó toda la noche en limar el clavo, pero inútilmente, tan remachado estaba. Sin embargo, se acercaba el medio día, hora de la visita, y era urgente el peligro, al fin consiguió entrar la mano en la esposa y todo volvió á su anterior estado: entonces aguardó un poco para descansar.

Apenas cerraron las puertas aquel día, sacó la mano del anillo y se desprendió de todas las cadenas. Comenzó entonces á trabajar en las puertas; la primera se abría hacia adentro, y el cerrojo, así como la cerradura, estaban por fuera; la forzó en menos de una hora; pero la segunda, que se abría hacia fuera, le costó un trabajo increíble; consiguió su objeto, mas todos sus dedos estaban desollados y el sudor corría por su cuerpo. Luego que estuvo abierta, descubrió la luz por la ventana del vestibulo, se encaramó á ella y reconoció que su prision estaba edificada en el foso principal, que es el primer terraplen. La tercera puerta se abría, como la primera, hacia dentro, y era necesario por consiguiente cortar la madera alrededor de la cerradura, lo cual había llevado á cabo Trenk al ponerse el sol. Restaba la puerta, que era preciso cortar como la segunda; pero se hallaba en extremo cansado, y sus manos tan magulladas que casi no tenía esperanza. Empezó al fin la obra después de descansar algun tiempo y casi había cortado la estension de un pie cuando la hoja del cuchillo se rompió y cayó fuera..... Escuchad al baron de Trenk expresar lo que sintió entonces: «¡Gran Dios, qué fué de mí en aquel momento! ¿Se ha encontrado alguna criatura en situacion mas desesperada? Brillaba la luna en todo su esplendor; miré al cielo con ojos extraviados y caí de rodillas buscando valor en la religion, sin que lo encontrase aquella vez.»

A eso del medio día, cuando abrieron la puerta exterior, juzgad la sorpresa de todo el mundo al ver la otra abierta y á Trenk con el pedazo de cuchillo en la una mano y en la

otra una piedra. «Juradme, gritó, no cargarme de cadenas mas pesadas que las anteriores ó me doy muerte.» Así se lo prometieron y le cumplieron la palabra, dándole vino y aun buena sopa mientras se colocaban las nuevas puertas, lo que duró cinco días: la del interior quedó completamente guardada de hierro.

Tanta valentía encontró al fin un admirador: un viejo granadero llamado Geffhard, que se hallaba de guardia cerca de Trenk, tres meses despues de su tentativa, le habló por la ventana y le manifestó el interés que le inspiraba. Trenk escribió por su medio y logró enviar á un amigo de Viena una carta en que le pedia mil florines de oro: la mujer del granadero se encargó del mensaje y cuando llegó el dinero, Geffhard lo colocó en el cántaro del preso un día que estaba encargado de renovar el agua. ¡Cuál fué la sorpresa de Trenk al reconocer que solo faltaban cinco pistolas cuando le había dicho que se quedase con mil!

El nuevo plan del preso, provisto de dinero, consistía en escaparse por debajo de los cimientos del calabozo: el fiel Geffhard le facilitó dos limas pequeñas para desembarazarse de los hierros. A fin de que no pudiesen descubrir los clavos que faltaban y cuya cabeza había limado, mojaba un poco de pan de munición y lo frotaba sobre el hierro mohoso para que tomase su color: esta parte servía para cerrar los eslabones abiertos y llenar el sitio de los clavos. La se-caba de noche con el calor del cuerpo y en seguida frotaba el sitio así lleno para darle el pulimento del hierro. Dispuesto todo, dió principio á la obra.

El pavimento de la prision no era de piedras, sino de gruesas tablas de encina de tres pulgadas de espesor: el suelo, pues, tenía nueve pulgadas de grueso y se hallaba unido con broches de una pulgada de diámetro y cerca de un pie de largo. Consiguió con la barra de sus esposas arrancar un pedazo de hierro, le aguzó en la piedra de su tumba y formó un excelente escoplo para cortar las tablas. Separada una de ellas buscó el modo de volverla á colocar cuando quisiese; tapaba las hendiduras con pan y esparcía polvo sobre ellas. Esta obra exigía gran precaucion, pero luego pudo trabajar con mas osadía. Comenzó por hacer un hoyo en la pared para introducir en él los pedazos de madera que iba á arrancar, trabajo que duró mucho tiempo: principiaba por esparcir los restos de cal y de piedra por el suelo y despues los reducía á polvo: ponía este polvo en el borde de la ventana y lo empujaba con un pincel compuesto de un mechón de pelo, y cuando hacia viento aquel polvo se disipaba en el aire; pero como este medio era muy lento, recurrió á otro espediente: formó con la tierra petrificada montones que secaba del mejor modo posible y luego en el momento de la visita los arrojaba al comun. Así es como logró deshacerse de la tierra y del yeso que no podía colocar en el agujero, que se ensanchaba cada día. Teniendo entonces donde ocultar los pedazos de madera, atravesó el pavimento. Debajo de él había una arena blanca y muy fina de que se deshacía ya como acabamos de decir, ya por medio de Geffhard, á quien pasaba un lienzo lleno de arena cuando el granadero estaba de guardia, vaciándolo este con precaucion. Pero todo esto caminaba con mucha lentitud y Trenk apeló á nueva astucia.

Con sus herramientas hizo otro hoyo en el pavimento debajo de la puerta de la prision; el uno era el ataque falso, el otro el verdadero; despues formó un enorme monton de arena en medio de su prision. Hecho esto cerró con pre-

caucion el verdadero agujero y se puso á trabajar en el otro pero con tanto ruido que le oyeron desde fuera, que era lo que deseaba. A media noche abrieron las puertas y le hallaron ocupado en el trabajo en que queria ser sorprendido. Nadie concebía por qué queria ahondar hácia la puerta donde había una triple guardia. El centinela permaneció en el calabozo toda la noche y por la mañana se presentaron algunos presos para llevarse los escombros en esportones. Se tapó el agujero, se allanó el suelo, se soldaron de nuevo los hierros y todo el mundo se burló de su tentativa. Por lo demás nadie vió el otro agujero de donde había sacado la mayor parte de la arena, y Trenk continuó ahondando su galería subterránea.

Una noche que se hallaba ocupado en romper los cimientos del terraplen, sucedió á Trenk una aventura espantosa, cuyo solo recuerdo turbaba su sueño, presentándole imágenes horribles. Separó con el pié una gran piedra que se desprendió detrás de él encerrándole en su agujero. ¡Cuál fué su espanto al verse así enterrado vivo! Despues de un instante de reflexion intentó abrirse paso junto á la piedra, procurando separar la arena de que estaba rodeada: por fortuna tenía delante un pequeño espacio hueco que pudo llenar con la arena de que estaba cercada la piedra; pero entonces comenzó á faltarle el aire y no podía respirar. Le fué imposible continuar su trabajo; una sed extraordinaria le privaba el uso de todos los sentidos y se vió obligado á morder en la arena para refrescarse y recibir un poco de aire, permaneciendo ocho horas en aquel estado. Al fin volvió en sí y continuó trabajando. Despues de increíbles esfuerzos logró volverse y pasar la cabeza junto á la piedra que cerraba herméticamente el canal. Allí encontró un poco mas de aire, de suerte que á fuerza de arrastrarse como un gusano, saltó á la otra estremidad del canal y llegó felizmente á su calabozo. El día estaba ya muy avanzado, y sus fuerzas lo habían abandonado hasta el punto de verse obligado á acostarse, creyendo que no podría volver á tapar el agujero. Sin embargo, lo consiguió despues de media hora de sueño; apenas había acabado oyó el ruido de las puertas y las cerraduras, pues era la hora de la visita.

Solo quedaban al preso algunos pies que horadar para obtener su libertad, cuando el exceso de su audacia le perdió de nuevo. Es preciso oírle confesar aquella falta, de que se arrepintió tan amargamente.

«Enagenado de alegría y sin poder disimular el placer que me causaba la perspectiva del venturoso porvenir que me prometía, perdí el seso y cuando debía tener mas vigilancia, discrecion y actividad, mi amor propio me hizo tomar la mas loca y temeraria resolucion; acto de demencia que sin duda fué efecto de un inevitable destino, ó mas bien de mis largos sufrimientos. Quise poner á prueba la generosidad de Federico el Grande, y tan empeñado estaba en mi lindo proyecto que esperaba con impaciencia la hora en que el mayor haría la visita. Luego que entró le dije: Señor mayor, sé que el gobernador, el generoso duque Fernando de Brunswick se halla en la actualidad en Magdebourg (me lo había dicho Geffhard) hacedme el gusto de buscarle y decirle de mi parte que le suplico visite mi calabozo, aumentando el número de mis centinelas, y en seguida senalarme hora en que me escape de la prision y recobre la libertad. Si logro cumplir lo que prometo, espero me conceda su proteccion, instruyendo al rey de mi buena fé, á

fin, de que se convenza de la rectitud de mi modo de pensar y de la lealtad de mi procedor.

«El mayor, estupefacto, miró al teniente y creyó me había vuelto loco; salió y volvió á poco con el comandante Reichmann, el mayor de plaza, y el otro mayor encargado de mi inspección. El duque me contestaba, según manifestaron, que si probaba lo que ofrecía, me libraría de los hierros en el mismo instante, y que además me prometía el perdón del rey. Después de una larga capitulación y las promesas mas formales, arrojé á sus pies los hierros, abrí un agujero, les propuse que bajasen á la galería, y en fin, declaré que en un paraje que no podía revelar tenía caballos que me esperaban para huir. La sorpresa de aquellos hombres no puede explicarse: salieron de nuevo y volvieron á decirme que el duque no faltaría á sus compromisos, y me condujeron sin grillos al cuarto del oficial de guardia.»

Pero todo aquello era mentira: el mayor nada había dicho al duque, y para evitar le acusasen de descuidado, se jactó delante del príncipe de haber sorprendido á Trenk en medio de su trabajo, añadiendo que indudablemente se hubiera escapado sin su vigilancia. «El pobre Trenk, como dice él mismo, fué conducido de nuevo al cuchillo del carnicero.» Al cabo de algunos días, le encerraron en su calabozo, que habían empedrado con piedras gruesas y era impenetrable: solo le pusieron una cadena en los pies, pero que pesaba tanto como las anteriores, y entonces fué preciso renunciar á la esperanza de salvarse.

Solo le quedaba un recurso, que era el de enviar letras de cambio contra sus bienes en Alemania á ilustres personajes á quienes suplicaba se interesasen en su miserable situación; pero todos tomaban el dinero y ninguno respondía.

Al fin tuvo la suerte de encontrar un hombre honrado, el general Tiedt, embajador de Austria en Berlin, cuyo diplomático á fuerza de instancias, alcanzó la libertad de Trenk bajo las condiciones siguientes:

1.ª Que nunca intentaría vengarse de nadie: 2.ª que no pondría los pies en Prusia: 3.ª que no hablaría ni escribiría mientras viviese el rey de nada de lo que le había sucedido: 4.ª que no serviría á ningún otro soberano ni en el orden militar ni en el civil.

Juró todo lo que quisieron. «He pasado, dice Trenk al concluir su relación, once años cabales en la prisión, el mejor tiempo de mi vida, años que ningún soberano de la tierra puede devolverme ni en juventud ni en posición pecuniaria.

«Cualquiera lector creerá ahora que esta época es el fin de mis infortunios. Pues bien, le aseguro bajo palabra de honor que mejor quisiera volver á mi calabozo de Magdebourg y pasar allí otros diez años, que sufrir las iniquidades que he soportado en Austria sin poder recobrar mi herencia.

La autoridad de un hombre que tanto padeció nos enseña, queridos niños, cuanta verdad contienen las palabras de Bossuet cuando decía: «Si pudiéramos salir de la tumba, quizá no haya un hombre que no deseara volver á ella al ver la acogida que tendría en este mundo.» Precisamente es esta la historia del baron de Trenk: al verle salir de la tumba, nadie quiso reconocer sus derechos ni restituir sus bienes, de que se habían apoderado muchos hombres injustos. Al fin de sus días Trenk tuvo que luchar á un mismo tiempo contra los hombres, contra la pobreza y contra el dolor, por que decía: «me resiento de los crueles pesares que he sufrido y de los trabajos que he pasado, empezando á ser para mí el lecho lo que fué mi prisión.»

GEOGRAFIA PINTORESCA.



Vista de la ciudad de Segovia.